

LAS VALLAS QUE NOS APRISIONAN

Las crueles imágenes que nos llegan desde las vallas que rodean Ceuta y Melilla duran, nunca mejor dicho, un telediario. Y es que en esta sociedad mediática cualquier acontecimiento, por lejano que sea, se nos presenta a través de los medios de comunicación, unas veces virtuosos y otras anestésicos de las sociedades postmodernas. El hecho es que nuestras conciencias se ven sacudidas a través de la pequeña pantalla. El sur, con su rostro menos amable, ya no es algo lejano. ¡Ya está aquí entre nosotros! El Estado Español es ahora una sociedad de acogida para miles de conciudadanos de origen extranjero. Nuevos flujos migratorios que, contra lo que piensa una gran mayoría, no son engrosados por los individuos más pobres de sus respectivas sociedades de origen. Debemos desterrar ya la idea de los *migrantes mendigos* (que evidentemente siguen existiendo) para comenzar a definirlos como *migrantes inversores*. Me refiero a todos aquellos que invierten tiempo, energías, ahorros, cualificación académica y todo un amplio espectro de recursos, con objeto de labrarse un futuro mejor; bien para ellos individualmente, o bien de forma colectiva pensando en un no lejano reagrupamiento familiar. No debemos olvidar que detrás de todo proyecto migratorio se esconde un proyecto económico, con la única salvedad de aquellos que abandonan su país como refugiados políticos, huyendo de guerras, amenazas de muerte o falta de libertades.

Como acertadamente apunta quien fuera Defensor del Pueblo Andaluz, D. José Chamizo, *la inmigración es un proceso de liberación-revolución no violenta de los pobres del mundo que piden igualdad, justicia y dignidad*. Por lo tanto, una solución radical necesita, indefectiblemente, de una inversión transformadora del llamado tercer mundo por parte de las economías más ricas. Y en este caso Europa no puede cerrar los ojos a esta realidad. Pero no hagamos demagogia. Esto no puede llevarse a efecto (en el supuesto de que existiera voluntad real de hacerlo por parte de la opulenta Europa) a corto plazo. ¿Y mientras tanto qué debemos hacer? Mientras se discute sobre este tema en importantes foros de decisión mundiales, los habitantes de Ceuta, Melilla, Algeciras y algunas otras localidades del sur de la península, soportan una presión inmigratoria que empieza a inquietar en sus respectivas localidades. Y aquí radica, quizás, el efecto más perverso de esta situación: y es que la realidad enriquecedora de la inmigración pasa de esta forma a convertirse en el problema de la inmigración.

Las vallas que protegen nuestro territorio nacional, no nos engañemos, nos tienen aprisionados a nosotros. Sus afiladas púas y alambres no hacen sino encerrar el difícil equilibrio entre humanidad y realidad social, planteando a nuestra sociedad no pocos dilemas éticos. Lo cierto es que no es fácil la respuesta, aunque no debemos jamás olvidar un referente que no puede obviarse en un estado democrático. Me estoy refiriendo por supuesto, a pesar de que es un *constructo* occidental, a la Declaración Universal de Los Derechos Humanos. Samir Nair lo expresaba con claridad meridiana (El País 8-10-05): *También los nuevos condenados de la tierra tienen derecho al derecho*.

Jesús Prieto Mendaza

Antropólogo y profesor colaborador de Educación Intercultural Universidad de Deusto